

Ramón Díaz Sánchez: "Cumboto"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Cuando el novelista cede la palabra a uno de sus personajes, para convertirlo en narrador de la historia que desea contar, suele correr el peligro de que éste le traicione. Hay personajes que no obedecen a su autor, que sienten como unos vagos celos de su omnipotencia, y que, ansiosos de libertad, en cualquier momento se independizan. Ante ellos, el novelista queda perplejo: o los mata, destruyéndolos con su muerte la novela, o se entrega a sus caprichos. En este último caso, el novelista padece, si no le antoja, defenderse fácilmente de toda crítica, asegurando que las culpas y las debilidades no son suyas sino del personaje que se apoderó de la novela.

Una traición parecida a la que lastimamos puede haberla hecho el negro Natividad al novelista Ramón Díaz Sánchez. El negro Natividad es el personaje-narrador de la novela "Cumboto". La traición consiste —a nuestro parecer— en que tomó el negro la novela y la escordió de la vida, metiéndola en un campo de palabras. Es un campo limpio, bien cuidado, por donde nunca cruzan vientos vitales, porque el viento que todo lo anima elige otros caminos, se va por otras partes, y permite que las palabras cultivadas con excesivo detenimiento sean hermosas palabras de cera, sin color natural, sin aroma de mundo. El negro Natividad parece haber tenido la preocupación de dárles a los hombres y a la tierra en que viven una calidad de objetos bellamente manufacturados. Cuando el negro describe, de vez en cuando se rasca tal vez la cabeza para atrapar, ávido, un adjetivo, una imagen de hechura poética; y cuando narra, que es desde los lectores (como el autor, posiblemente quisáramos tenerlo dentro de fuerza, de agilidad, de destreza, para que no se le escape la vida, el negro Natividad siente algo así como miedo de las posibilidades de un vigoroso vocabulario, y va eligiendo las palabras de tal modo que sólo deja pasar a las que dicen menos, a las que se hallan como comprometidas con una poesía parnasiana, a las que pasan por el borde de las grandes pasiones, de los hechos violentos, de la vida en ebullición, corriendo de prisa, huyendo, sin volver la cabeza porque no quieren saber nada de nada, si no es su jadeante alegría de haber atravesado los peligros sin romperse, ni quemarse, ni agonizar.

Es indudable que muchos lectores —algunos de ellos muy sabios— dirán que somos unos herejes literarios de muy poco atendible ralea. Para ellos, "Cumboto" es la obra maestra de Ramón Díaz Sánchez, uno de los novelistas venezolanos más importantes de esta época. Un escritor de relieve continental no puede ser tan candoroso como para que lo traicione uno de sus personajes y él ni chiste siquiera. Sostendrán, indudablemente, que toda la delicadeza a que aludimos la tiene el negro Natividad, narrador de la novela, porque así lo ha querido su autor y así, sólo así, puede adquirirse la calidad poética que se celebra en "Cumboto".

No lo creemos. Lo que nos parece es que el negro Natividad —con permiso o no— ha querido lucirse, echando fuera de sí cuanto buena o mala retórica se le acumulaba en las entrañas. Y tratemos de verlo de más cerca.

La hacienda de Cumboto, muy extensa, se halla en una región fortísima, lindando por el norte con el mar y, por el sur, con las serranías. Los primeros habitantes de la zona fueron negros fugitivos. Huidos de los negreros, cruzaban el mar de las Antillas, desafiando las furias de las aguas y solas; llegaban, exhaustos, a tierra. Cuando los españoles los apresaban y sometían a interrogatorio, respondían, angustiados: "¡Cumboto! ¡Cumboto!"

"Cumboto". Así explicaban la travesía en botes y balsas. Muchos de estos fugitivos se perdieron en los más intrincados rincones, se establecieron ahí, y fueron formando una población que, años después, unida a hombres blancos, a indios, a mulatos, se repartió en las más variadas faenas campesinas. La hacienda Cumboto, como Natividad lo indica, estaba llena de estos negros. "Esto no es cosa de broma —apunta el narrador—. Aficionados a la zurranda, los negros y los mulatos suelen terminar sus fiestas a cuchilladas, palas y cabezas. Son pendencieros y languraces y aun cuando evitan pronto sus querellas, les gusta embriagarse con sangre. En Cumboto existen consumados maestros de esgrima a garrote y machete, y los hombres, cuando no llevan armas, antes que los puños prefieren usar sus cráneos, que son duros como los cocos".

Gente brava, poco de far, pero, a la vez, amañada y simpática. Añade el narrador: "Esto no obstante, el negro es alegre e ingenuo como los niños. Su vida ondula en un holgorio constante, entre risa, cantos y charlas interminables. Les encanta jugar. Su atmósfera es de retoso, invita a los amigos del bosque, particularmente a los pájaros por los que siente predilección. No existe un negro que no crea o pla justicias que los animales hablan y que algunas personas poseen el secreto de su lenguaje".

A toda esta gente, que Natividad llama los alveros, se agrega —como población de la novela— el grupo de los amos, de los dueños de Cumboto. No son excesivamente numerosos, aunque se suceden en la historia unas cuantas generaciones; pero todos, sin excepción, son seres raros, conscientes de su poderío, despiadados cuando la ocasión se presenta, fríos, a veces inhumanos. Uno de los personajes es una loca que, antes de yacer postrada para el resto de sus días, se halla espiada por el odio, la codicia, el deseo de que desaparezca. Otros personajes son astutos, borrachos, tipos indiferentes, excéntricos. En suma, el mundo de Cumboto es de violencia contenida, de pasiones intensas, de avideces, disimulos, traiciones, abandonos. Esto equivale a decir que es un mundo espléndidamente novelable. Pero el lector no corre con los personajes. Se lo impiden las palabras del negro Natividad, que todo lo mira con un ojo, mientras el otro lo mantiene fijo en los vocablos que va poniendo en el papel, auxiliado en su tarea de narrador.

Efectivamente, la impresión que nos produce la novela es la de una tarea de castellano realizada con mano llena de suavidad gramatical. El siervo negro se comporta, mientras narra, como si fuera un blanco aficionado a escribir y se da por tema un mundo negroide. Así, por cierto, se explica cómo la vida se convierte en retórica. Si el negro Natividad cree que ha cumplido su misión de pintar la vida circundante, y está seguro de no haber traicionado al autor, la verdad es, entonces, que las palabras le han traicionado a él. Por eso, cada vez que nos encontramos ante palabras que juzgamos poco defendibles, creemos más y más firmemente en que va haciendo falta, en América, una revisión de su literatura. Conviene alejarse de la pereza y entrar con juicio propio en los libros. Dejar de repetir opiniones tñenas, por valiosas que parezcan. De este modo, una obra como "Cumboto" dejará de ser tenida por una gran novela americana. Buena es, sin duda, pero no alcanza una altura superior a la mediana. Recordemos que la vida le exige a la literatura algo más que vivir tocando un organillo de palabras.

El Mercurio: Stgo. Domingo 17 de Marzo de 1968. p. 5.

Ramón Díaz Sánchez, "Cumboto" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ramón Díaz Sánchez, "Cumboto" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa